

# La competitividad en Europa: ¿Estamos cumpliendo la Agenda de Lisboa?

BLANCA SÁNCHEZ-ROBLES\*

¿Cuál debe ser la política económica para el siglo XXI? ¿En qué debe variar respecto a la practicada en las épocas anteriores, al menos en los países desarrollados? Es algo que se preguntan políticos y académicos de todo el mundo, y que está dando lugar a una interesante línea de investigación<sup>1</sup>.

En las décadas siguientes a la Segunda Guerra Mundial, el mundo presenció una era de crecimiento sostenido, un espectacular despegue del comercio mundial y algunos cambios sociales relevantes, como el aumento del estado del bienestar, que entre otros factores contribuyó a reducir las desigualdades en

---

\* Nació en Madrid. Licenciada en CC Económicas y Empresariales, CUNEF. Doctora en Economía, Universidad de Navarra. Profesora Titular de Fundamentos del Análisis Económico de la Universidad de Cantabria. Ha realizado estancias postdoctorales en las Universidades de Berkeley y Columbia. En la actualidad es Decana de la Facultad de CC Económicas y Empresariales de la Universidad de Cantabria.

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, el número especial de la *Review of International Economics*, 12, 2, 2004.

términos de renta. En esos años prevalecieron políticas económicas activistas, lógica consecuencia, entre otras causas, del legado intelectual de Keynes.

Las crisis del petróleo del decenio de 1970 originaron cambios dramáticos tanto en el escenario macroeconómico —por la aparición conjunta de dos patologías, paro e inflación, que hasta entonces se habían presentado separadas— como en la concepción de la política económica. Las aportaciones de Friedman y Lucas, entre otros, así como los premios Nobel de 2004, Kydland y Prescott, alertaron de la ineficacia, incluso con posibles efectos perversos, de una línea económica demasiado intervencionista. No es extraño que en las décadas siguientes se consolidara la tendencia, tanto en los centros ejecutivos como en los ámbitos académicos, hacia una actitud más *market friendly*.

La década de 1990, sin embargo, presenta unas características más difíciles de identificar y analizar. Por otra parte, se han hecho más patentes las diferencias que prevalecen a ambos lados del Atlántico. En EE.UU. se han alcanzado tasas de crecimiento impensables hasta entonces, tanto por su magnitud como, sobre todo, por su duración en el tiempo. El Cuadro 1 muestra cómo, entre los años 1996 y 2000, el crecimiento del PIB norteamericano fue superior al 3,7%, y registró incluso tasas mayores al 4% durante tres años consecutivos. La recesión de 2001 se superó con rapidez, y ya en 2003 se alcanzaron tasas del 3%, que posiblemente serán superiores al 4% en 2004.

La productividad norteamericana ha aumentado cerca del 6% entre los años 1995 y 2000 (Cuadro 2). Si las previsiones se cumplen, el producto por trabajador en 2006 será casi 10 puntos

CUADRO 1  
TASA DE CRECIMIENTO DEL PIB REAL (EN %)

	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004*	2005*	2006*
UE-25		1,7	2,6	2,9	2,9	3,6	1,7	1,1	0,9	2,4	2,3	0,6
UE-15	2,4	1,6	2,5	2,9	2,9	3,5	1,7	1	0,8	2,3	2,2	2,3
Zona euro	2,2	1,4	2,3	2,9	2,8	3,5	1,6	0,8	0,5	2,1	2	2,1
Bélgica	2,4	1,2	3,5	2	3,2	3,8	0,6	0,7	1,1	2,5	2,5	2,6
Rep. Checa	5,9	4,3	-0,8	-1	0,5	3,3	2,6	1,5	3,1	3,8	3,8	4
Dinamarca	2,8	2,5	3	2,5	2,6	2,8	1,6	1	0,5	2,3	2,4	2
Alemania	1,7	0,8	1,4	2	2	2,9	0,8	0,1	-0,1	1,9	1,5	1,7
Estonia	4,5	4,5	10,5	5,2	-0,1	7,8	6,4	7,2	5,1	5,9	6	6,2
Grecia	2,1	2,4	3,6	3,4	3,4	4,5	4,3	3,6	4,5	3,8	3,3	3,3
España	2,8	2,4	4	4,3	4,2	4,4	2,8	2,2	2,5	2,6	2,6	2,7
Francia	1,7	1,1	1,9	3,4	3,2	3,8	2,1	1,2	0,5	2,4	2,2	2,2
Irlanda	9,8	8,1	10,8	8,9	11,1	9,9	6	6,1	3,7	5,2	4,8	5
Italia	2,9	1,1	2	1,8	1,7	3	1,8	0,4	0,3	1,3	1,8	1,8
Chipre	6,5	1,9	2,3	4,8	4,7	5	4	2	2	3,5	3,9	4,2
Letonia	-0,9	3,8	8,3	4,7	3,3	6,9	8	6,4	7,5	7,5	6,7	6,7
Lituania	3,3	4,7	7	7,3	-1,7	3,9	6,4	6,8	9	7,1	6,4	5,9
Luxemburgo	1,4	3,3	8,3	6,9	7,8	9	1,5	2,5	2,9	4	3,5	3,6

CUADRO 1 (Continuación)  
TASA DE CRECIMIENTO DEL PIB REAL (EN %)

	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004*	2005*	2006*
Hungría	1,5	1,3	4,6	4,9	4,2	5,2	3,8	3,5	3	3,9	3,7	3,8
Malta					4,1	6,4	-2,2	1,8	0,2	1	1,5	1,8
Holanda	3	3	3,8	4,3	4	3,5	1,4	0,6	-0,9	1,4	1,7	2,4
Austria	1,9	2,6	1,8	3,6	3,3	3,4	0,7	1,2	0,8	1,9	2,4	2,4
Polonia	2,7	6	6,8	4,8	4,1	4	1	1,4	3,8	5,8	4,9	4,5
Portugal	4,3	3,5	4	4,6	3,8	3,4	1,6	0,4	-1,2	1,3	2,2	2,4
Eslovenia	4,1	3,6	4,8	3,6	5,6	3,9	2,7	3,3	2,5	4	3,6	3,8
Eslovaquia	5,8	6,1	4,6	4,2	1,5	2	3,8	4,6	4	4,9	4,5	5,2
Finlandia	3,4	3,9	6,3	5	3,4	5,1	1,1	2,3	1,9	3	3,1	2,7
Suecia	4,1	1,3	2,4	3,6	4,6	4,3	0,9	2,1	1,6	3,7	3,1	2,9
UK	2,9	2,8	3,3	3,1	2,9	3,9	2,3	1,8	2,2	3,3	2,8	2,8
Canadá	2,7	1,6	4,4	4,1	5,5	5,3	1,7	3,2	2	3	3,5	3,4
Japón	1,9	3,4	1,9	-1,1	0,1	2,8	0,4	-0,3	2,4	4,2	2,1	2,3
EE.UU.	2,5	3,7	4,5	4,2	4,4	3,7	0,8	1,9	3	4,4	3	2,9

\*: previsiones.

Fuente: Eurostat.

CUADRO 2  
PRODUCTIVIDAD DEL TRABAJO POR EMPLEADO

	1995	2000	2003*	2004*	2006*
UE-25	90,8	92,3	93,1	93,4	93,8
UE-15	100	100	100	100	100
zona euro	101,8	100,6	99,8	99,5	99,1
Bélgica	119,3	116,9	118,4	118,3	119
Rep. Checa		55,2	61,3	64,1	68,1
Dinamarca	92,9	97,1	97,8	98	98,8
Alemania	98	94,9	94,3	94,2	93
Estonia	29,1	39,9	43,1	44,2	47,3
Grecia	77,5	81	90,3	90,6	92,9
España	95	92,7	94,8	93,5	92,6
Francia	113,4	113,5	113,5	114,6	114,8
Irlanda	104,7	113,3	119,5	118,5	120,9
Italia	112,9	111	103,6	102,3	101,9
Chipre	59	77	76,8	76	78
Letonia	28,7	35,6	40,1	42,1	46,7
Lituania	28,3	33,9	44,4	46,4	50,7
Luxemburgo	127,5	144,6	132,2	132,4	132,7
Hungría	53,1	57	63,6	64,5	66,6
Malta		83,8	82	79,9	79
Holanda	97,8	95,2	95,2	95,5	95,1
Austria	98,7	99,2	96,4	95,8	96,1
Polonia	40,1	47,1	49,6	51,3	53,8
Portugal	57,1	64*	63,2	62,3	62,1
Eslovenia	58,3	65	70	71,4	74,2
Eslovaquia	42,6	51	54,1	55,1	57,2
Finlandia	98,8	102,6	98,6	99,2	99,4
Suecia	95,6	99,5	96,5	97,7	98,4
UK	93	97,3	101,9	103	104,8
Canadá	107,7	111,4	110,9	110	
Japón	88	88,8	90,1	90,5	91,2
EE.UU.	121,6	125,3	129,7	131,2	133,2

\*: previsiones.

Fuente: Eurostat.

porcentuales superior al registrado en 1995. Aunque existe controversia sobre lo ocurrido en el campo del empleo, puede decirse, al menos, que la economía americana se mueve en el entorno de su tasa natural de paro. La política económica parece haber encontrado —con matices, obviamente— su sitio, sobre todo en el ámbito de la actuación monetaria: es activa pero sin caer en el protagonismo que, en cambio, se otorga a los mercados.

En Europa, por su parte, tanto la evolución de las economías como el papel atribuido la política económica son heterogéneos. Es cierto que Europa es un término excesivamente genérico, incluso si lo restringimos a la UE, pero puede decirse que, en términos generales, el crecimiento en la Unión Europea (UE) no acaba de consolidarse desde la recesión de 2001. El Cuadro 1 ilustra nuevamente esta realidad. En los tres últimos años, la Europa de los 25 (en adelante, UE-25), no ha llegado a alcanzar el 2% de crecimiento anual. Hay excepciones, lógicamente, como Irlanda, los Estados Bálticos o Eslovaquia, que han disfrutado de tasas de crecimiento mayores (y en algunos casos espectaculares, como Letonia en el años 2001, con un 8%, y Estonia en los años 2000 y 2002, en ambos casos por encima del 7%). Los datos para la Europa de los 15 (EU-15) y la Zona Euro son, de forma general, más desfavorables. Paradójicamente, aquí se encuentran las naciones más desarrolladas del área y las que, de algún modo, deberían ejercer un *efecto locomotora* sobre las demás. Las cifras correspondientes a Bélgica, Alemania, Francia y Holanda, sin embargo, no son nada alentadores.

La productividad europea tampoco evoluciona de forma favorable. Si volvemos a examinar el Cuadro 2, comprobamos que

entre 1995 y 2003 este indicador ha crecido un exiguo 2,5%, menos del 50% de la cifra correspondiente a EE.UU. Además las previsiones sugieren que entre 1995 y 2006 el crecimiento total del producto por trabajador será de un 3,3%, la tercera parte del aumento previsto para EE.UU. en el mismo periodo.

Los análisis más detallados indican que, en la Zona Euro, la productividad alcanzada en 2003 es inferior a la registrada en 1995. Lo mismo ha ocurrido en naciones como Alemania, Italia, Holanda o Austria. En Francia y España los niveles se han mantenido prácticamente constantes en el periodo considerado. Una vez más se constata que las naciones donde el producto por trabajador ha experimentado un crecimiento mayor pertenecen al grupo que se integró en la UE en 2004: Hungría, Eslovenia, Eslovaquia y los Estados Bálticos. El Reino Unido e Irlanda también han experimentado un incremento nada desdeñable de sus productividades respectivas.

En lo relativo a la política económica, el marco de referencia tampoco aparece excesivamente claro. En Europa, en general, existe un grado de consenso menor que en EE.UU. sobre cuáles deben ser los parámetros y las normas que establezcan las líneas directrices de las distintas actuaciones en el área económica. Pueden señalarse dos ejemplos, relacionados entre sí: en primer lugar, los escasos logros en relación con los objetivos marcados en la Cumbre de Lisboa de 2000, a la que me referiré luego con mayor detalle. Bate apuntar aquí que, después de cuatro años, se tiene la impresión de que la Declaración de Lisboa ha quedado en un compendio de buenas intenciones, con escasos resultados en la práctica.

El segundo ejemplo hace referencia a la política fiscal: en este campo, la ausencia de un rumbo claro y el grado de incertidumbre son considerables. Los debates sobre el Pacto de Estabilidad y Crecimiento y su previsible reforma así lo indican. Esta última, por cierto, no parece plantearse en el momento más oportuno, puesto que en las próximas décadas los cambios en la esperanza de vida de la población elevarán de modo notable el gasto en pensiones y en sanidad. Como ya se ha tratado de este punto en ediciones anteriores del Libro Marrón, no abordaré este tema con más detalle.

Las diferencias entre EE.UU. y Europa no se limitan al ámbito de estos planteamientos. Los problemas más acuciantes en uno y otra son, en parte, también distintos. En EE.UU. los temores se centran en la importancia de los déficit, tanto público como por cuenta corriente. En la UE, como decíamos, preocupan el escaso crecimiento y la baja productividad, estancada ahora después de una etapa en la que este indicador creció de modo sostenido.

En ambas áreas son también objeto de inquietud otras cuestiones, como el envejecimiento de la población ya mencionado —con los consiguientes efectos en el sistema de pensiones y el gasto sanitario—, y más en general, la reforma necesaria de los sistemas de protección social (Aiginger, 2004), la necesidad de armonizar las regulaciones que afectan a la inversión extranjera, el gobierno corporativo y la política de competencia.

En el campo de la política económica preocupa a ambos lados del Atlántico la armonización de las políticas fiscales y monetarias de modo que se consiga elevar el crecimiento a largo

plazo, sin prescindir de los estímulos a corto cuando estos son necesarios. No es un tema sencillo; aunque su análisis no resulte fácil, sin embargo, no debe eludirse el estudio de este asunto por los académicos y gestores de la política económica.

### **Prioridades para Europa**

Centrémonos ahora en la UE. Los objetivos a medio plazo parecen claros, como ya se ha indicado: elevar tanto la tasa de crecimiento del PIB como la productividad. Si estas magnitudes no despegan, se ponen en peligro la estabilidad del sistema económico y como consecuencia la supervivencia de las empresas (y con ello del empleo), la estabilidad fiscal que, con más o menos éxito, se ha ido logrando en parte de la UE, los sistemas de pensiones, el gasto sanitario y un largo etcétera. Parece, por lo tanto, oportuno centrar el análisis en las causas por las cuáles Europa crece más lentamente que EE.UU.

Los motivos que se han apuntado son múltiples y de índole muy variada. Es lógico, ya que probablemente se entremezclan muchas causas en el origen del problema. Para De la Dehesa, Europa crece más lentamente en buena parte porque el volumen total de horas trabajadas es inferior al que se registra en EE.UU. Dicho en otros términos, a este lado del Atlántico la jornada laboral es más corta y trabaja una proporción más pequeña de la población total. No abundaré más en este tema, de gran interés, que se expone con detalle en una monografía de aparición reciente (De la Dehesa, 2004).

También existe un grado importante de acuerdo en el sentido de que son necesarios mayores porcentajes de inversión en

capital humano y en I+D, aunque existen discrepancias sobre si el origen debe ser público, privado, o una fórmula mixta.

Boskin (2004) atribuye los diferenciales en el crecimiento entre EE.UU. y Europa al papel diverso del Estado en una y otra zona. Opina que en EE.UU. el papel del sector público es más limitado, lo que a su vez implica impuestos más bajos, menor regulación, mercados de trabajo más flexibles y un estado del bienestar no tan generoso como el europeo. En la práctica, el tamaño medio del Estado con relación al PIB es aproximadamente 0,5 en Europa y sólo un tercio en EE.UU.

Boskin y Lau (2003) estiman que Europa continental podría incrementar su producción en un 25% si las condiciones de su mercado de trabajo fueran similares a las norteamericanas. Aunque la cifra es discutible, formula implícitamente una pregunta de gran trascendencia y que, por otra parte, no es novedosa. ¿Está dispuesta Europa, y tienen sus líderes voluntad política y capacidad de maniobra para ello, a apostar por el crecimiento a costa de recortes en las prestaciones sociales? Pienso que aquí se centra gran parte del núcleo de la discusión, que por otra parte excede el ámbito puramente económico.

En economía existen ciertos objetivos incompatibles, que no se pueden alcanzar simultáneamente, y nos encontramos en uno de esos casos. No parece posible mantener un nivel de protección social como el que existe en Europa y pretender crecer a tasas elevadas. El tiempo ha puesto de manifiesto que existe un *trade off* entre bienestar social amparado por el Estado y crecimiento, querámoslo o no, y debemos decidir en qué punto de la relación deseamos situarnos. Quizá preferimos seguir con el

nivel actual de bienestar social, que es una postura respetable, pero no pretendamos entonces que nuestra productividad despegue. Y al contrario, si queremos verdaderamente convertirnos en un área competitiva, tendremos que sacrificar la posibilidad de recepción de determinadas ayudas.

### **La agenda de Lisboa**

Gran parte de las ideas expuestas hasta aquí se recogieron, como ya se ha apuntado, en la cumbre de Lisboa, celebrada en marzo de 2000. Esta reunión de jefes de Estado y de Gobierno de la UE estableció como prioridad alcanzar la competitividad en la UE por la vía de la liberalización de los mercados de productos, servicios y factores, y en particular el mercado de trabajo, lo que comúnmente se conoce como reformas estructurales.

Más expresamente, se concretó la intención de hacer de la UE, en el año 2010, «la economía más competitiva, dinámica y basada en el conocimiento, capaz de un crecimiento económico sostenido con más y mejores empleos y mayor cohesión social» (Consejo de Europa, 2000). Este objetivo no puede calificarse de poco ambicioso.

Para ello se adoptó lo que hoy se conoce como la *Estrategia de Lisboa de reformas económicas y estructurales*. Con objeto de favorecer la claridad expositiva, los principios consensuados en la capital portuguesa y que constituyen la Estrategia de Lisboa pueden resumirse en los siguientes puntos:

1. Fomento de la sociedad de la información
2. Desarrollo de un área europea para la I+D+i

3. Liberalización, con especial atención a la política de competencia
4. Impulso a las redes industriales, en las áreas de las telecomunicaciones, transportes y servicios
5. Mayor eficiencia en los servicios financieros
6. Mejora del marco regulador para la empresa
7. Inclusión social: reciclaje y recolocación de los trabajadores, modernización de la protección social
8. Atención al desarrollo sostenible.

Como se aprecia, los planteamientos de esta estrategia son, al mismo tiempo, exigentes y amplios. En particular, ponen énfasis en la supresión de barreras burocráticas a la actividad empresarial, en promover un entorno favorable a la actividad privada, y en acelerar la desregulación de sectores como el gas, la electricidad o las comunicaciones.

Hagamos alguna referencia al contexto en que se promulgó esta Declaración. En 2000 el ambiente estaba dominado por la euforia de las nuevas tecnologías, por lo que se comprende que los mandatarios europeos señalaran la importancia de fomentar la sociedad del conocimiento. De otra parte, el pensamiento de fondo que impregnaba la Declaración de Lisboa se basaba prioritariamente en promover —a mi juicio, con acierto— el crecimiento a largo plazo, sin hacer tanto énfasis en la corrección de las fluctuaciones cíclicas.

Por desgracia, en los años siguientes a la Declaración el escenario económico se modificó. La burbuja financiera se desinfló, y el crecimiento en Europa se redujo notablemente. En parte

debido a este factor, y en parte también, no lo olvidemos, por la ausencia de medidas apropiadas, algunos países miembros de la UE tuvieron dificultades para alcanzar o mantener la estabilidad presupuestaria y acometer reformas estructurales.

En la práctica, desde 2000 hasta ahora, los avances para la consecución de las metas formuladas en Lisboa han sido escasos. Pero no por ello la cuestión ha perdido relevancia. La agenda identifica con claridad, a mi modo de ver, algunos de los puntos débiles de la economía europea, y sugiere un rumbo adecuado para las reformas. Esto no debe perderse de vista aunque el corto plazo obligue a abordar otras prioridades más inmediatas.

### **Algunas consideraciones sobre la competitividad en la UE**

Puede ser buen momento para realizar un diagnóstico, aunque sea somero, de cuál es la situación actual de la UE en cuanto a la consecución de los objetivos de Lisboa. Parece oportuno llevar a cabo este estudio desde la perspectiva concreta de la competitividad.

Considero importante el análisis de esta variable por dos razones. En primer lugar, el nivel de competitividad es un *síntoma* de que la economía funciona de modo razonable. En cambio, su ausencia insinúa la existencia de rigideces en los mercados, de regulaciones excesivas, de una actitud poco innovadora por parte de las empresas o de una elevada presión fiscal, patologías todas ellas perjudiciales para el buen funcionamiento del proceso de generación y distribución de riqueza. En otras palabras, la competitividad está positivamente correlacionada con la flexibilidad de los mercados y la confianza en la iniciativa empresarial.

De otra parte, la competitividad presente implica crecimiento y bienestar futuros. En unas naciones cada vez más interrelacionadas, en un contexto mundial donde las economías emergentes ganan cuota de mercado a un ritmo muy veloz, y en un área con un alto grado de integración, como es la UE, buena parte del crecimiento debe provenir de un sector exterior ágil y dinámico, que exporta al resto del mundo no sólo bienes y servicios sino también ahorro y tecnología.

La competitividad, entonces, se encuentra en el núcleo mismo del tema propuesto para la edición de este año del Libro Marrón. En la parte siguiente de este trabajo se expresarán algunas consideraciones sobre la evolución presente y la situación futura de esta variable.

Puede ser útil, para este propósito, basarnos en el trabajo que ha realizado en los últimos años el World Economic Forum, en el marco de su Programa de Competitividad Global.

Parece conveniente emplear EE.UU. como término de comparación. En primer lugar, y admitido que es una de las economías más competitivas del mundo (The Global Competitiveness Report, 2004), la comparación entre EE.UU. y los países que integran la UE es no sólo la más adecuada para la finalidad de este libro marrón sino, también, la natural. De hecho, el nivel de competitividad en EE.UU. proporciona un indicador claro y taxativo de lo que tendría que conseguir Europa para cumplir las aspiraciones expresadas en la Cumbre de Lisboa.

La media del comportamiento de los 30 miembros de la OCDE es otro indicador útil, aunque menos homogéneo. Además, una parte importante de los miembros de la OCDE lo son

también de la UE, lo cual dificulta en alguna medida la obtención de conclusiones. Por ello nos centraremos, en lo que sigue, en la comparación entre la UE y EE.UU.

El procedimiento empleado por el World Economic Forum consiste en asignar una puntuación a cada país según su grado de cumplimiento de los puntos de la Agenda de Lisboa. La puntuación global para cada nación es una media no ponderada de la puntuación individual asignada para cada uno de los ocho aspectos señalados anteriormente. A su vez, la puntuación se obtiene de una encuesta realizada por el World Economic Forum a empresarios de más de 100 países; esta metodología implica que el cuestionario recoge, indirectamente, la percepción de los potenciales tomadores de decisiones sobre el clima de inversión y de negocios en cada país.

Los resultados de la encuesta se añadieron a un conjunto de datos disponibles al público y se integraron en un modelo, ofreciendo los resultados que se comentan a continuación (para una análisis en más detalle cf. Blanke and Lopez-Claros, 2004).

El Cuadro 3 presenta un resumen de los resultados. Los países aparecen ordenados de mayor a menor competitividad. Las columnas siguientes detallan las puntuaciones obtenidas por cada uno de ellos, en una escala de 1 (mínimo) a 7 (máximo), tanto globales como por categorías.

El análisis del Cuadro 3 ofrece algunas consideraciones interesantes. El primer puesto en el ranking corresponde a Finlandia, seguido de otros dos países del Norte de Europa, Dinamarca y Suecia. Los tres superan ligeramente en competitividad a EE.UU.

CUADRO 3  
INDICADORES DE COMPETITIVIDAD, 2004

Posición en el ranking	Puntuación total	Soc. de la información	I+D+i	Liberali- zación	Industrias en red	Servicios financieros	Clima empresarial	Inclusión social	Desarrollo sostenible
Finlandia	5,8	5,78	5,87	5,36	6,33	6,13	5,48	5,46	5,97
Dinamarca	5,63	5,68	4,87	5,14	6,51	5,96	5,6	5,52	5,78
Suecia	5,62	5,71	5,57	4,91	6,37	5,8	5,29	5,46	5,89
UK	5,3	4,96	4,67	5,11	5,78	6,1	5,62	4,86	5,3
Holanda	5,21	4,99	4,46	4,94	6,04	5,67	4,71	5,29	5,57
Alemania	5,18	4,95	4,9	4,64	6,36	5,62	4,64	4,37	5,96
Luxemburgo	5,14	4,98	3,57	4,96	6,22	5,72	5,17	5,19	5,28
Francia	5,03	4,52	4,68	4,65	6,1	5,68	4,68	4,72	5,2
Austria	4,94	4,69	4,27	4,54	5,76	5,48	4,28	4,88	5,64
Bélgica	4,88	4,08	4,45	4,63	5,74	5,39	4,69	5,12	4,91
Irlanda	4,69	4,14	4,18	4,47	4,89	5,59	5,3	4,62	4,35
España	4,47	3,71	3,93	4,5	5,34	5,14	4,32	4,38	4,48
Italia	4,38	3,94	3,87	4,4	5,3	4,92	3,64	4,24	4,74
Portugal	4,25	3,88	3,44	4,1	5,35	4,9	3,89	4,15	4,29
Grecia	4	3,16	3,44	3,96	4,99	4,74	3,78	3,9	4
Media UE	4,97	4,61	4,41	4,69	5,81	5,52	4,74	4,81	5,16
EE.UU.	5,55	5,86	6,08	5,11	5,85	5,82	5,71	5,04	4,96
Desviac típica	0,53	0,79	0,72	0,39	0,53	0,43	0,66	0,52	0,66

Fuente: Blanke y Lopez Claros, 2004.

De hecho, estas tres naciones son, a tenor de estas cifras, las más competitivas de la UE.

Las últimas posiciones son para los países mediterráneos y Portugal. España ocupa el lugar número 12.

En promedio, la UE sólo supera a EE.UU. en el apartado de desarrollo sostenible, y está casi al mismo nivel en industrias en red. Además de los ya mencionados, los aspectos en que la UE está mejor situada, en relación con EE.UU., son servicios financieros e inclusión social. En ambos aspectos la desviación típica entre los componentes de la muestra es relativamente pequeña, lo que indica que los países gozan de una situación relativamente homogénea en estos ámbitos. Reino Unido ocupa el segundo puesto en la calidad de sus servicios financieros, lo que es acorde con la posición tradicional de Londres como una de las plazas financieras más dinámicas.

Por el contrario, las diferencias con EE.UU. son mayores — cercanas o superiores a un punto— en la sociedad de la información, I+D+i y clima empresarial. Es en estos campos, además, donde la desviación típica es más alta y por tanto también superior la heterogeneidad entre los miembros de la UE. La puntuación se mueve en un rango que oscila desde el 5.78 de Finlandia al 3.16 de Grecia en cuanto a la sociedad de la información, y del 5.87 de Finlandia al 3.44 de Grecia y Portugal en I+D+i. Se observa también que en la categoría sociedad de la información España ocupa el penúltimo lugar, y supera sólo en medio punto a Grecia, mientras que está todavía a dos puntos de distancia del líder, Finlandia.

En la categoría clima empresarial el rango de variación es también considerablemente elevado, desde el 5.62 del Reino Unido al 3.64 de Italia. España obtiene en este indicador 4.32 puntos, lo que nos coloca en una situación semejante a países como Austria, Bélgica, Francia, Alemania y Holanda.

El Cuadro 3 muestra, asimismo, que los puntos fuertes de nuestro país se encuentran en ámbitos como las industrias en red o los servicios financieros, a la vez que nuestras debilidades son más patentes en la sociedad de la información y la I+D+i.

Reino Unido destaca, como ya se ha dicho, en el sistema financiero y en el clima empresarial. Por el contrario, Alemania debe mejorar en este último aspecto, así como en el grado de liberalización de su economía.

Se intuye, de la observación del cuadro, que las categorías mantienen una estrecha relación entre sí. La opinión se confirma si calculamos los coeficientes de correlación simple. Así, el coeficiente de correlación entre la sociedad de la información y la I+D+i es de 0,8, y de la primera con el clima empresarial, de 0,77. Estas cifras sugieren que el esfuerzo por mejorar la situación en la sociedad de la información, por ejemplo, redundará positivamente en el clima empresarial.

Si nos centramos ahora en la comparación entre lo que sucede en EE.UU. y en la UE, percibimos que el primero nos aventaja en aspectos como la innovación y el clima empresarial, que son cruciales para el dinamismo de la economía. En otros terrenos la UE supera a EE.UU.: en particular, en la preocupación por el desarrollo sostenible, en la protección social y en el

área de las telecomunicaciones (no olvidemos que dos empresas líderes en este terreno, como Siemens y Nokia, son europeas).

El análisis anterior debe ampliarse de modo que incluya a los 10 países que accedieron a la UE en 2004. La tarea de la Unión en este sentido es doble: no sólo mejorar su competitividad media sino lograr que los más rezagados obtengan puntuaciones dignas. Excede el ámbito de este trabajo la consideración pormenorizada de estos países. Baste decir aquí que los más competitivos son los Estados Bálticos, junto con Malta, y en los puestos de cola se encuentran Turquía, Rumanía y Bulgaria, por este orden. También en este grupo de países, las prioridades deben centrarse en la sociedad de la información, la I+D+i, la liberalización y el clima empresarial. De todas formas, algunos de los países que accedieron a la UE en 2004 obtienen puntuaciones más altas que las naciones mediterráneas ya miembros de la UE. En particular, los tres países más competitivos del nuevo grupo superan a los cuatro menos competitivos en todas las categorías contempladas.

Este análisis sugieren que el cumplimiento de la estrategia de Lisboa obliga a los miembros de la UE a impulsar la innovación y la sociedad de la información y a propiciar un ambiente regulatorio y legislativo más proclive al desarrollo de la empresa privada.

Estos aspectos pueden parecer contrapuestos. Tradicionalmente se ha considerado que el Estado debe ser quien impulse la inversión en I+D, y todos los aspectos relativos a la difusión de las nuevas tecnologías, mediante las políticas adecuadas. No cabe duda que esta filosofía es en parte cierta, pero no debemos

olvidar un matiz: el impulso estatal a la I+D no debe ser tal que deteriore el clima empresarial, lo que podría ocasionarse si se diseñara un complejo sistema de subvenciones para impulsar la I+D, financiado a su vez por impuestos que detraen recursos de las empresas. No olvidemos que nos movemos en un difícil *trade off*, donde es necesario optar por fórmulas creativas, como la cofinanciación de proyectos, la desgravación fiscal de la inversión en I+D o el impulso a mecanismos de capital riesgo.

## **Conclusión**

Europa se encuentra en un momento trascendental de su historia política y económica. Es mucho lo que se ha conseguido hasta el momento. La adopción del euro por 15 países o la integración en la UE de diez nuevas economías en las que, en su mayoría, hace más de un decenio el mercado prácticamente no jugaba ningún papel como mecanismo de asignación de recursos, son logros verdaderamente importantes.

La situación de la economía europea no es demasiado buena. En concreto, su competitividad es todavía muy mejorable, y su productividad no progresa al ritmo deseable. Afortunadamente, existe una hoja de ruta. La cumbre de Lisboa identificó con acierto los problemas que aquejaban a la mayoría de los miembros de la UE, y diseñó unos objetivos. Sabemos, por tanto, en qué dirección debemos avanzar. El problema radica en que este progreso no es sencillo, tiene un coste político elevado, y requiere la colaboración y toma de conciencia, tanto de los gobernantes como del resto de los ciudadanos.

Pienso que nuestro deber, como expertos en la ciencia económica, es señalar las alternativas que se nos presentan, y explicar con claridad que si queremos crecer más rápidamente debemos sacrificar determinadas ventajas denominadas sociales. Pero, en último término, será el conjunto de los ciudadanos de la UE quien deba elegir. Esperemos que prime la sensatez y nos decantemos por un modelo más moderno, flexible y competitivo, que conducirá a la UE a través de una senda de crecimiento más ágil y robusto.

### **Bibliografía**

- AIGINGER, K, 2004, «The economic agenda: A view from Europe», *Review of International Economics* 12, 2, 187-206.
- BLANKE, J. and LOPEZ-CLAROS, A, 2004, *The Lisbon Review 2004: An assessment of policies and reforms in Europe*, World Economic Forum, Ginebra.
- BOSKIN, M, 2004, «The economic agenda: A view from the US», *Review of International Economics* 12, 2, 178-186.
- BOSKIN, M and LAU, L, 2003, «The comparative postwar economic performance of the G7 countries», mimeo, Stanford University.
- Consejo de Europa, 2000, *Conclusiones de la Presidencia del Consejo Europeo de Lisboa*, 23 y 24 de marzo 2000. [http://www.europarl.eu.int/summits/lis1\\_es.htm](http://www.europarl.eu.int/summits/lis1_es.htm)
- DE LA DEHESA, G, 2004, *Quo vadis, Europa?*, Alianza, Madrid.
- World Economic Forum, 2004, *The Global Competitiveness Report*, Ginebra.